

sido los padres de sus pueblos y los habian hecho felices durante su reinado; porque el amor y el respeto que inspira la gratitud, fué tan vivo, que degeneró aun en el culto.

Es necesario interesar á los hombres en nuestra gloria si queremos que sea inmortal, y no podían tener interes en ella sino por nuestros beneficios. Los grandes talentos y los títulos que nos hacen superiores á los demas, y que en nada contribuyen á su bienestar, los deslumbran sin conmooverlos, y mas bien son un objeto de envidia que de afecto y estimacion pública. Los elogios que damos á otros, siempre recaen por algun lado sobre nosotros mismos; porque el origen secreto de que dimanar, es el interes ó la vanidad; pues siendo vanos, como lo son todos los hombres, sus acciones casi siempre son en favor propio, y por lo comun no gustan dar inútilmente alabanzas que los humillan, y que son una especie de confesion pública de su inferioridad respecto de los elogiados; pero la gratitud vence la vanidad, y el orgullo no

lleva mal que nuestros bienhechores sean al mismo tiempo nuestros superiores y aun nuestros dueños.

No, Señor, un príncipe que solo ha tenido virtudes militares, no está seguro de ser grande en la posteridad; porque ha trabajado únicamente para sí, y nada en favor de los pueblos, y estos son los que aseguran siempre la grandeza y la gloria de los soberanos. Podrá pasar por un gran conquistador pero nunca será considerado como un gran rey; habrá ganado batallas, pero no el corazon de sus súbditos; habrá conquistado provincias extranjeras, mas habrá empobrecido las suyas; en una palabra habrá dirigido hábilmente los ejércitos y gobernado muy mal sus pueblos.

Pero, Señor, un príncipe que se ha desvivido en proporcionar la felicidad á sus súbditos, que ha preferido la paz y la tranquilidad, sin lo cual no hay verdadera dicha, á victorias que solo hubieran sido para sí mismo, y no hubieran tenido otro resultado que el de lisonjear su vauidad: un príncipe que no se ha considerado sino como el hombre

de sus pueblos, creyendo que sus tesoros mas preciosos eran los corazones de sus súbditos, que por la sabiduría de sus leyes y de sus ejemplos ha desterrado los desórdenes de su nacion, corregido los abusos, conservado el decoro de las costumbres públicas, mantenido á cada uno en el lugar que le corresponde, reprimido el lujo y la disolucion, vicios siempre mas funestos á los imperios que las guerras y las calamidades mas tristes, dado al culto y á la religion de sus padres la autoridad, el esplendor, la magestad y la uniformidad que perpetuan su respeto entre los pueblos; que ha conservado el depósito sagrado de la fe contra todas las agresiones de los espíritus indóciles é inquietos; que ha considerado á sus súbditos como sus hijos, á su reino como su familia, y que no ha hecho uso de su autoridad sino para la felicidad de aquellos que fueron confiados á su cuidado: un príncipe de semejante carácter será siempre grande porque lo es en el corazon de sus pueblos. Los padres referirán á sus hijos lo dichosos que fueron bajo la sumision

de tan buen soberano, estos lo repetirán á sus descendientes, y conservándose esta memoria en todas las familias de edad en edad, será como un monumento doméstico levantado en el recinto de las casas paternas, que eternizarán la memoria de tan buen rey en todos los siglos.

No son las estatuas, Señor, ni las inscripciones las que immortalizan los príncipes; porque unas y otras son, tarde ó temprano, el triste juguete del tiempo y de las vicisitudes de las cosas humanas. En vano Roma y Grecia habian multiplicado infinitamente, en otro tiempo, las estatuas de sus Reyes y de sus Césares, y apurado todo el saber de su arte para que fuesen muy estimadas en los siglos siguientes; porque de todos aquellos soberbios monumentos apenas uno ha llegado á nuestros dias. Lo que solo está escrito en el mármol y en el bronce, se borra bien pronto, pero siempre se conserva lo que está escrito en los corazones.

TERCERA PARTE.

El último carácter de la grandeza de Jesucristo es tambien la duracion y la perpetuidad de su reinado. *Et regni ejus non erit finis*. Existia ayer, existe hoy y existirá por todos los siglos; sus beneficios perpetuarán su dignidad real y su poder; en todos tiempos le reconocerán los hombres, le adorarán como á su gefe, su libertador, su pontífice siempre vivo y que siempre se ofrece por nosotros á su eterno padre; será tambien el príncipe de la eternidad, reinará sobre escogidos en el cielo, y la iglesia triunfante será su reino y su herencia lo mismo que la militante; y semejante grandeza lo es de perpetuidad y de duracion.

Efectivamente la gloria que se acaba con nuestra vida siempre es falsa, pues mas bien se ha dado á nuestros títulos que á nuestras virtudes, y es un brillo engañoso que es inherente á los grandes empleos que desempeñamos, pero que no sale de nuestro interior; porque continuamente estamos rodeados de admi-

radores, y carecemos de las calidades que admiran en nosotros; y así como esta gloria era el fruto del error y de la adulacion, no hay que extrañar que se acabe con ella. Tal es la gloria de la mayor parte de los príncipes y de los grandes; sus cenizas, cuando todavía estan calientes, se honran con algunos elogios, añadiendo esta vana consideracion á la de su pompa fúnebre; pero todo se eclipsa y desaparece al dia siguiente; los hombres se avergüenzan de haberlos alabado, es pues un lenguaje anticuado é insípido que hoy nadie se atreve á usar, y los monumentos públicos donde se conservan todavía sus elogios, se abochornan de contenerlos, y en donde no parecen subsistir sino para recordar públicamente una memoria que los reprueba. Así es que las alabanzas nunca sobreviven á los héroes á quien se dirigen, y lejos de inmortalizar la gloria de los príncipes las adulaciones mercenarias, solo inmortalizan la hajeza, el interes y la vileza de los que fueron capaces de dárselas.

Para conocer la verdadera grandeza

de los soberanos y de los grandes, se la debe buscar en los siglos posteriores á ellos; porque quanto mas tiempo hace que murieron, tanto mas se aumenta y asegura su gloria cuando dimana del amor de los pueblos. Todavía se disputa hoy á uno de vuestros mas valientes antecesores los magníficos elogios que le dió su siglo á porfía, y á pesar de la gloria de Mariñan, aun se duda si por su valor debe ser contado entre los grandes reyes que han ocupado vuestro trono; y su antecesor con menos talentos que los que constituyen los héroes, pero con mas virtudes pacíficas que forman los buenos reyes, será siempre grande en nuestras historias, porque siempre será querido de la nacion á quien sirvió de padre. De nada sirven los elogios dados á los soberanos durante su reinado, si no se repiten en los sucesivos, pues la posteridad siempre justa y equitativa, ó degrada á los soberanos de una gloria que solo debieron á su poder y á su dignidad, ó les conserva una distincion que merecieron por sus virtudes mas bien que su poder. Es ne-

cesario, Señor, que la vida de un gran rey pueda proponerse como regla á los sucesores, y que su reinado sirva de modelo á todos los reinados futuros, pues por este medio será, si es permitido decirlo asi, eterno como el reinado de Jesucristo: *Et regni ejus non erit finis.*

El reinado de David siempre sirvió de modelo á los buenos reyes de Judá, y su duracion igual á la del trono de Jerusalem. No fueron solo sus victorias las que le hicieron modelo de sus sucesores, porque Saul las habia conseguido tambien contra los Filisteos y contra los Amalecitas, sino su piedad para con Dios, el amor de su pueblo, su zelo por la ley y por la religion de sus padres, su sumision á Dios en las desgracias, su moderacion en la victoria y en la prosperidad, su respeto á los profetas que de parte de Dios le recordaban sus obligaciones y le ponian á la vista sus flaquezas; la penitencia pública que hizo estando en su trono para reparar el escándalo de su debilidad, las riquezas inmensas que juntó para edificar un

templo al Dios de sus padres, su gran confianza en el gran sacerdote y en los ministros del culto, el cuidado que tuvo de inspirar á su hijo Salomon máximas de virtud y de sabiduría; y en finel buen órden y las leyes justas que dió á Israel.

Esta es, Señor la grandeza que vuestra magestad debe proponerse para reinar. Reinad de manera que vuestro reinado pueda ser eterno y que no solo os asegure el reino inmortal de los hijos de Dios, sino que tambien en todas las edades futuras seais propuesto á vuestros sucesores como el modelo de los buenos reyes.

No será únicamente consiguiendo victorias que seréis un gran rey, sino el amor de vuestros pueblos, la fidelidad de Dios, el zelo de la religion de vuestros padres, y los cuidados en hacer la felicidad de vuestros súbditos serán la parte mas hermosa de nuestras historias, y el modelo de los reinados sucesivos.

Amad vuestros pueblos, Señor, y que estas mismas palabras que tantas veces habeis oido encuentren siempre una acogida favorable en vuestro corazon.

Sed afectuoso, humano, afable, que sus miserias os conmuevan, y sus necesidades os compadezcan; de este modo seréis un gran rey y vuestro reinado durará tanto como la monarquía. Dios os ha puesto al frente de una nacion que ama á sus príncipes, y por esto solo merece tambien ser amada. En un reino, en que los pueblos nacen, por decirlo asi, buenos súbditos, es preciso que los reyes nazcan tambien buenos soberanos. Ya veis que todos los corazones son vuestros, y el amor solo puede pagarse con amor, y no mereceriais el afecto y cariño de vuestros súbditos, si les negaseis el vuestro.

No hay otra gloria para los reyes que aquella grandeza que consiste en el amor de sus pueblos, estos son los únicos que perpetuan de siglo en siglo la memoria de los buenos príncipes; ¡ y que gloria con efecto para un rey la de reinar aun despues de su muerte en los corazones de los súbditos, estando ademas seguro de que en todas las edades futuras echarán de menos los pueblos el no haber vivido en su reinado,

ó se darán el parabien de tener un rey que se le parezca! ¡ Que gloria, la de que se diga de vos, Señor, en toda la serie de los siglos, como la reina de Saba decia de Salomon: ¡ dichosos aquellos que le vieron y que vivieron bajo sus leyes suaves, y la moderacion de su imperio! ¡ dichosa la edad que manifestó á los púeblos tan buen soberano! ¡ dichosas las ciudades y los campos que vieron renacer en su reinado la abundancia, la paz, la alegría, la justicia y la inocencia de los tiempos mas dichosos! ¡ y dichosa la nacion á quien el cielo favorezca un dia con un príncipe que se le parezca.

¡ Gran Dios! vos solo dais buenos reyes á los puebls, y es el mayor don que podeis hacerles. Todavía teneis en vuestras manos el niño augusto que destinais á esta monarquía, y cuya edad é inocencia son todavía la obra principiada de vuestra misericordia; aun no ha salido de la mano que le formó y cuida de perfeccionarle. Tiempo es, ¡ ó Dios mio! de disponerle para la felicidad de los puebls á quienes le habeis reservado ;

que vuestra infinita bondad no se canse de oír esta súplica tantas veces repetida, y tan interesante para el bien y la felicidad de una nacion que siempre habeis protegido.

Vuestro culto se consolida y afianza cuando son buenos los reyes que gobiernan; la fe triunfa de los errores, la horrosa incredulidad desaparece ó se ve precisada á ocultarse, las nuevas doctrinas se proscriben, los ánimos rebeldes no hallan proteccion ni seguridad sino en la unidad y la obediencia; vuestros ministros pacíficos en el ejercicio de sus destinos y velando siempre en la conservacion de la doctrina, ven la autoridad del imperio auxiliar la del sacerdocio, y todos los corazones reunidos ya á los pies del trono, se presentan con la misma union y la misma concordia á los de los altares. Aumentad pues ¡ ó Dios mio! en el jóven rey aquellos indicios felices que prometen buenos reyes á los puebls; ¡ que la obra de vuestra misericordia crezca y se desarrolle diariamente en él con sus años! No os pedimos que sea el vencedor de la Europa;

(168)

nos contentamos con que sea el padre de sus pueblos. El poder de vuestro brazo nos le ha conservado, quitando la vida á todos los individuos de su real familia, estando aun en la cuna, sea pues el mismo poder, el que nos le forme y prepare ; porque siendo como Moises un niño salvado de los funerales de toda su estirpe, sea como aquel el salvador y libertador de su pueblo, y este primer prodigio que le ha libertado de la muerte, sea para nosotros un presagio seguro de los que debemos esperar, segun vos, bajo su imperio. Amen.

SERMON

PARA

EL DOMINGO

DE PASION.

Acerca de la nulidad de la gloria humana.

Si ego glorifico meipsum, gloria mea nihil est.

Mi gloria nada es, si soy yo quien me la doy á mí mismo. (Joan. VIII, 54).

SEÑOR,

Si la gloria del mundo sin el temor de Dios valiese, ¿ que hombre hasta él se habia presentado en la tierra con mas motivos para glorificarse á sí mismo que Jesucristo ? Porque ademas de la gloria de ser descendiente de una familia real y de contar entre sus mayores á los